

México al día: impresiones y notas de viaje, 1911

Tan cansados estábamos de ese largo viaje en ferrocarril, que el día siguiente a las 11 de la mañana aún no dejábamos la cama...

Solamente después de la comida empezamos a pie nuestra excursión hacia el Zócalo que una vez era el verdadero centro de la ciudad.

En vano buscábamos algún recuerdo del antiguo imperio de Moctezuma.

¡Ay Dios... todo moderno!

Recorrimos primeramente las avenidas principales, todas rectas, todas pavimentadas con asfalto, todas con banquetas amplias, de cemento, a casi 15 centímetros de altura sobre el nivel central de la calle, y con trenes eléctricos magníficos.

“¿Adónde estaban pues, pensaba yo, las antiguas *calles de tierra* y las *calles de agua* de los primeros moradores de este suelo legendario? ¿Adónde encendían las fogatas nocturnas que iluminaban de una manera extraña hasta el alba, la ciudad de los Aztecas...?”

Con la fantasía encendida por mil visiones de la vieja Tenochtitlán, me parecía deber encontrar aún los rastros de esa civilización destruida en nombre de la Cruz y... del derecho de la fuerza...

“Vamos, dije a Bornetti, allá, adonde se levantaba en otros tiempos el Palacio principal de Moctezuma, adonde estaba el gran *Teocalli* de los sacrificios humanos, adonde...”

“¡Precisamente allá vamos!”, me contestó sonriendo Bornetti.

En la plaza de la Constitución de hoy día, se levanta una soberbia Catedral, que ocupa el sitio en donde existía antes el célebre templo pagano. Por el lado Oriente la antigua residencia del monarca destronado se ha trocado en el moderno Palacio que ahora sirve para las recepciones oficiales y en

donde están las oficinas de varios Ministerios. ¡Oh poder del tiempo!

En el medio de la plaza y alrededor de la iglesia, hay jardines florecientes y en el centro un quiosco para las bandas musicales.

Una estaba precisamente tocando de una manera magistral el *intermezzo* de la *Cavalleria Rusticana*.

Unos portales limitan de dos lados la plaza y bellísimos almacenes de ropa, novedades, sedas, sombreros y artículos varios de la moderna civilización han sustituido el antiguo Mercado Azteca en donde se vendían los polvos de oro, los utensilios de obsidiana, las preciosas telas de algodón pintadas con colores vegetales y animales, las ricas alhajas, los trabajos de plumas multicolores, los arcos y las flechas.

Dos edificios más, los dos espléndidos, se levantan en la plaza: el Centro Mercantil de índole comercial y el Palacio Municipal todavía en construcción.

El sueño se iba a poco desvaneciendo y ya la fantasía descansaba. Yo observaba. Era simplemente una hermosa plaza, muy grande, con mucho movimiento de tranvías, con una infinidad de coches de sitio, y de personas que iban y venían por sus quehaceres. En el centro, es decir en el Zócalo, se reunían los desocupados o los que no tenían demasiada gana de trabajar entre los 470 559 habitantes.

Indígenas de sombrero ancho como aquellos que habíamos visto en todas las estaciones del F. C. Central y las mujeres con el típico *rebozo* me recordaban que estaba lejos de Europa.

Vaucresson también se demostraba sorprendido. Había creído México, hasta entonces, una ciudad menos moderna, pero no habiéndose preocupado jamás por los Aztecas, su decepción era sin duda inferior a la mía. Entrando en la Avenida de San Francisco empezamos a ver edificios espléndidos y

soberbios almacenes, dignos de las más importantes ciudades del mundo: el Palacio de la Compañía de Seguros sobre la Vida *La Mexicana*, el Hotel Iturbide, el de la joyería *La Esmeralda* todo de mármol, las casas comerciales de la *Sorpresa y Primavera*, del *Paje*, de la *Suiza*, de las Droguerías de la Profesa y de Johansen Félix y Compañía, de la *Perla*, de Mosler Bowen Cook Sucre y otras muchas todavía, todas extremadamente elegantes y montadas con verdadero lujo.

Mientras tanto, gruesos nubarrones aparecían en el horizonte y apenas media hora más tarde llovía a cántaros, cosa que acontece diariamente durante la temporada de lluvias que empieza a principios de Junio para concluir a fines de Septiembre.

En espera de que cesara de llover, nos abrigamos en un zaguán, en donde la Avenida S. Francisco toma el nombre de Av. Juárez.

Bornetti nos contaba que diez años antes, cuando la capital aún no tenía un moderno sistema de drenaje, se anegaban de tal manera algunas calles que él se había visto obligado a pasar en ese mismo lugar ia espaldas de un cargador! Hoy día este inconveniente ya no se repite a pesar de que llueva torrencialmente.

El día siguiente continuamos nuestro paseo por el centro de la ciudad, observando varios otros edificios de importancia y de arquitectura notable, entre ellos el Casino Español construido con rara esplendidez, los edificios de los Bancos Central Mexicano y Nacional Mexicano, de la Biblioteca Nacional, de la Casa R. Boker y Compañía, de la Compañía Bancaria de Fomento y Bienes Raíces, de las Líneas Nacionales, de la Compañía de Seguros sobre la Vida *La Mutua*, el *Jockey Club*, la casa Escandón, la del señor de la Torre y Mier y por fin la afamada Escuela de Minería y el nuevo

Palacio de Correos.

Bastante se ha escrito acerca de la Escuela de Minería de México. Todos saben que es uno de los más antiguos edificios del tiempo colonial, y de arquitectura purísima. Por desgracia la poca estabilidad del subsuelo de México constituye una amenaza continua para la Escuela: en algunas partes se ha sumido de una manera excepcional.

Los medios para reparar a tanto daño son de difícil actuación y muy costosos.

El Palacio de Correos, obra del arquitecto Boari y del ingeniero Garita es un edificio muy suntuoso, construido todo en cantera blanca. Recuerda la Alhambra de España y la *Cá d'oro* de Venecia.

Merecen ser citados los trabajos de bronce de la Fundición del Pignone, que son verdaderamente lujosos y artísticos.

Por todas partes encontrábamos la vida moderna refinada: los rastros de la civilización azteca habían desaparecido por completo y poco quedaba de verdaderamente típico.

¡Confieso que lo sentí!...